

El Humanismo hispánico en el escritorio y en el mundo

Ana Vian Herrero
(Universidad Complutense, Madrid)
Antonio Cortijo Ocaña
(University of California)

Aunque en materia de crítica histórica, literaria y filológica cualquier categorización puede esconder celadas; aunque emergen de forma creciente silencios literarios en temas o géneros cuyas implicaciones aún es necesario valorar o matizar en el ordenamiento de la historia de la cultura, el pensamiento y la literatura, el periodo que secciona este volumen es excepcional para la definición de la llamada época moderna y de las ideas y formas que van a regir la gran literatura de occidente. Puede afirmarse que el Humanismo como reflexión ideológica sobre el hombre y el mundo es el responsable del cambio de paradigma intelectual que traerá consigo una redefinición de ambos conceptos, desde el microcosmos de su conciencia del hombre al macroconcepto de divinidad, pasando por la nueva categorización del mundo físico (cosmos y naturaleza). Decimos que es excepcional por la efervescencia en las revelaciones artísticas, en la eclosión de géneros distintos, y lo es para la consideración teórica de la ficción literaria, el estudio de las formas de imitación, la evolución de los principios de autoridad, verosimilitud, aprendizaje o decoro; también para desvelar los esfuerzos por encauzar disciplinadamente los ámbitos profesionales, atendiendo al control de la textualidad y a crear un tipo de lector –muy en especial al generalizarse la imprenta y, con ella, el mercado librario y la necesidad de vigilancia estricta de la lectura–; lo es asimismo para conocer los modos emergentes de socialización y profesionalización de los saberes y las nuevas prácticas de ocio y sociabilidad –dentro o al margen de la academia– que la ciudad moderna favorecía; y para comprender las distintas formas de recepción y estrategias de creación de nuevos modelos ideológicos, estéticos, culturales y sociales. El periodo es igualmente singular por la convulsión de su vida espiritual y por el surgimiento de los estados modernos. La reunión de todos estos factores permite conocer mejor la difusión de las ideas, la fragua de los grandes conflictos del pensamiento y la pedagogía modernos, la evolución, en fin, de las formas literarias, ficcionales, argumentativas y estilísticas que conforman el universo del Humanismo hispánico y occidental.

El impulso investigador del hispanismo de los siglos XX y XXI se ha enriquecido con una estela prolífica de trabajos, particulares y de conjunto, que ha configurado gradual y sensiblemente una imagen de la producción humanística hispánica con volumen y complejidad, ya sea en su aspecto vernáculo o en latín, además de la reflexión igualmente abundante sobre el contexto *ibérico* de dicho Humanismo, en la que han ido a la par análisis de este movimiento en la Corona de Aragón o Portugal. Con todo, se está aún lejos de haber puesto en claro ángulos todavía sombríos o polémicos de ese movimiento, de haber profundizado en la comprensión historiográfica del concepto mismo e incorporado autores, temas, obras y aspectos menos analizados. Con este nuevo monográfico, el ánimo es seguir el rastro a obras acreditadas junto a más textos y escritores, y contribuir a mejorar lo conocido sobre la etapa entre finales de la Edad Media y el Barroco, de la primera modernidad o el primer Humanismo al periodo altomoderno. Para los autores de este volumen ha sido guía fundamental ahondar en la comprensión del concepto mismo, en la recuperación de textos desapercibidos o en devolver sentidos perdidos a textos muy conocidos. Su subtítulo bien podría abrazar desde el sentido del concepto al sentido de los textos y los azares de su transmisión. Se muestran así importantes cimientos intelectuales del Humanismo hispánico entre los siglos XV y XVII

y se reconstruyen diversas vertientes de la recepción y difusión de letras muy vivas, tratando de dar respuesta a numerosos interrogantes relacionados con problemas hermeneúticos que encierra el propio concepto o que origina el reconocimiento de la aportación de España al tronco europeo. Con ello se entra de lleno en la que sigue siendo una materia pendiente de los estudios hispanos sobre este periodo, que pasa por anclar firmemente este movimiento en su tradición europea para desde allí destacar la participación hispánica y resaltar su contribución y originalidad, es decir, subrayando, aunque pueda parecer una contradicción, el aspecto de *res publica litterarum* que ofrece el movimiento (desprovisto de fronteras nacionales) más que centrándose en el análisis de los Humanismos de corte y cuño nacional como compartimentos estancos.

Tres grandes núcleos conforman, en conjunto, el volumen: interrogación sobre nociones heredadas y temas transversales, análisis de obras y autores y, en tercer lugar, edición de textos. Las conexiones entre España y el resto del continente –en particular Península itálica o Flandes– y la proyección americana y paneuropea de las reflexiones peninsulares ofrecen ejemplos esclarecedores de tomas de postura intelectual en una hora que necesita remodelar su comprensión del mundo, de la realidad y del ser humano. En este sentido queremos resaltar la *proyección humanista americana* señalada por algunas de las propuestas aquí incluidas, pues pensamos que es una tarea pendiente el completar las filiaciones del movimiento a ambas orillas del Atlántico, así como establecer el enorme papel que cupo a España en la definición del espacio y concepto americanos al enfrentarse desde un punto de vista intelectual con nuevas tesis, entre otras, de tipo jurídico y de derecho de gentes. Queremos igualmente situar las reflexiones de este volumen en una línea cronológica que dé cuenta de la *ideologización* histórica de los estudios sobre Humanismo, sobre los que ha caído, como en tantas otras cosas, el peso de una ‘leyenda negra’ que ha tildado a lo hispánico de ‘retrógrado’ y ha impedido observar el pleno contexto europeo en que fructifica y tiene sentido el Humanismo ibérico. En este mismo sentido, el volumen es fruto de una óptica interdisciplinar, porque convergen intereses y líneas de equipos y especialistas en campos diversos de las letras humanas, la historia literaria y las mentalidades, y porque no debe ser otra la perspectiva adoptada en el análisis de un movimiento que no participa de una especialidad en concreto, sino que tendió siempre a construir un ideal de sabio completo humanista, un *vir bonus peritus dicendi*, un *uomo rinascimentale* al que no le debía ser ajeno ningún tipo de saber: se dan, así, la mano Filología clásica, románica, catalana y española, Historia, Teología, Literatura, Bibliografía literaria, Lingüística, Teoría de la literatura, investigadores veteranos y jóvenes investigadores. Su organización, en su discurrir cronológico, tiene otro significado más: ofrecer ejemplos demostrativos de confluencia y evolución durante dos siglos de literatura humanista en la Península Ibérica, desde las derivaciones del concilio de Basilea hasta el reinado de Felipe III, para observar mejor los enlaces entre cada asunto tratado sin olvidar la dimensión histórica de su compleja trama, las continuidades que perviven y las rupturas que se se anuncian o terminan por cristalizar en la realidad.

Un ensayo sobre tres humanistas mayores abre el volumen (“Erasmus, Moro, Vives”) de la mano del gran historiador y reciente Premio Príncipe de Asturias 2014, **Joseph Pérez**. Las tres biografías no por conocidas carecen de interés puestas en paralelo. Aunque mueren casi a la vez, el mayor y más respetado es Erasmo; los tres tienen relaciones bilaterales, se admiran recíprocamente y profesan en las filas del humanismo cristiano, concepto que el autor define con sencillez y precisión a partir de las ideas que ellos ofrecen de sí mismos para describir su quehacer científico y humanístico. Las tres personalidades fueron también intelectuales comprometidos con su realidad y ponen su prestigio al servicio de un mejor encauzamiento de los conflictos de su momento. En este

aspecto, el del compromiso, es donde más matices exigen sus trayectorias, pues ni las implicaciones, ni las prudencias, ni las propuestas fueron siempre coincidentes: el autor se plantea mostrar cómo en las reformas sociales, en la posición respecto a Lutero y en la política internacional, las actitudes de Moro y de Vives fueron distintas, y quizás más vigorosas, que las de su maestro.

El concepto de Humanismo que explora Joseph Pérez en tres personalidades conduce al segundo trabajo, “Burckhardt y la forja de un imaginario: España, la nación sin Renacimiento”, de **Ángel Gómez Moreno**, donde se analiza con detalle la larga supervivencia de los prejuicios de Burckhardt (1860) y otros seguidores, motivados por una larga cadena de tópicos surgidos en las circunstancias concretas de las luchas de religión y que acaban perviviendo, por razones políticas, durante más de cuatro siglos: se refieren a España y a la incapacidad de los españoles para generar un movimiento como el Humanismo; prejuicios nacidos quizás no sólo de la ignorancia de lo producido en España y de sus sólidas y tempranas relaciones con la Península itálica, sino de lo que, a juicio del autor, puede calificarse de “hispanofobia”. La reacción de Mario Shiff (1905) abrió la vía a nuevas apreciaciones de varias generaciones de hispanistas que, aparentemente, habrían acabado con las inexactitudes o las parcialidades de Burckhardt; pero no fue así. En un repaso bibliográfico que no exime de culpas propias, se ponen de relieve los avances y retrocesos en la consideración del Humanismo hispánico como una rama más del movimiento paneuropeo. La polémica historiográfica sigue abierta, no sólo por las consecuencias de identificar Humanismo y Renacimiento, sobre las que llamaba la atención en 1994 Domingo Ynduráin (y pueden volver a leerse en espléndida y recientísima síntesis en su *El fin del Humanismo tradicional*, Huelva, Universidad, 2014, gracias a los buenos oficios de su editor, Jesús Gómez), sino porque las literaturas hispánicas resultan para muchos, propios y ajenos, incómodas por híbridas, sincréticas y culturalmente muchas veces más ricas que la norma europea. Hacer las paces con el propio pasado y con las identidades propias no es tampoco asunción sencilla para cualquier historiografía.

Juan Miguel Valero Moreno, en “Antecedentes y encrucijadas de la vida activa y contemplativa en la Castilla del Cuatrocientos” rastrea el dilema de origen aristotélico entre vida activa y contemplativa que afectó al conjunto de Europa, en los tonos específicos que adquirió en la Castilla cuatrocentista. Especificidad que nace de una rica tradición medieval hispánica enlazada con la producción de textos bíblicos, que va a imbricarse con las posteriores reflexiones de y a partir de Petrarca. El *locus classicus* se sitúa en las diversas interpretaciones dadas al pasaje de Lc 10, 38-42, a propósito de Marta y María en Betania, y los testimonios castellanos arrancan de periodo alfonsí y alcanzan en el siglo XV a Martín de Lucena o Gonzalo García de Santa María. El análisis textual y hermenéutico es siempre comparado: desde el ejemplo primero –la *Glossa ordinaria* adscrita a la Escuela de Laon (aprox. principios s. XII) que aborda el pasaje evangélico en sentido translaticio–, atraviesa los siglos medios centrales ficcionalizándose de modo singular en el Trecentos letrado, y florece en el XV ya con orientación filosófico-política heredada de Petrarca y otros intermediarios; así, en Castilla, Villena en sus *Doze trabajos de Hércules*, Cartagena en sus glosas al *De vita beata* de Séneca, Alfonso Fernández de Madrigal en una *quaestio* sobre la *vida activa* y la *contemplativa*, Pedro de Portugal en la *Sátira de infelice e felice vida* y sus glosas, y Juan de Lucena en su *Libro de vita beata o Libro sobre la vida feliz*. Un tópico de largo recorrido aporta interesantes matices a la comprensión del humanismo vernáculo y latino de Castilla en su contexto románico.

Si, para los hispanistas más expertos, el arraigo del Humanismo en la Península ibérica cuenta con muestras claras a partir del siglo XIV, esas dudas tendrían que estar completamente disipadas desde el siglo XV y durante el XVI en que las letras hispanas,

catalanas y galaico-portuguesas brillan con luz propia. En definitiva, aunque siga en discusión y aún domine la cautela en la comprensión sincrética de tradiciones semíticas y grecolatinas, y por ende aún necesitemos una síntesis más profunda sobre la peculiar aportación del Humanismo hispano a las letras humanas occidentales, también la reflexión de los letrados ibéricos sobre América debería ser contribución ya reconocida. El trabajo de **Miguel Anxo Pena**, “Otra forma de Humanismo: la preocupación por el hombre”, recalca lo que veíamos enunciado ya en el primer ensayo del volumen: el compromiso del Humanismo cristiano con las nuevas realidades de época y, tras la conquista y colonización de América, la reflexión inédita que el pensamiento hispánico, sobre todo teológico y filosófico, aporta al conjunto del orbe. Implica obviamente no ceñir el concepto de Humanismo al filológico restringido que aún manejamos como moneda corriente –y útil sin duda en muchas esferas de la Filología, ya que el periodo recupera de forma plena el legado clásico y hace florecer con él las letras vernáculas en todo su esplendor–. Supone también reconocer que, en ámbito universitario, Teología, Derecho y Filosofía se nutren de las herramientas humanísticas en fecundo contacto, y que nominalistas y escolásticos de nueva generación abordan temas nuevos con nuevas fuentes y nuevos instrumentos, para, entendiendo el espíritu del evangelio a su modo, responder a problemas sociales, políticos, espirituales y del individuo también nuevos en su dimensión práctica, aunque no ajenos al pensamiento cristiano tradicional ni al humanístico. Esa generación de pensadores castellanos y aragoneses, desgranados con cuidado a través de una gran cadena de figuras mayores por Miguel Anxo Pena, proyecta las preocupaciones del Humanismo más allá del escenario paneuropeo, en ámbito universal. Los conceptos en los que se centra, sobre el dominio legítimo de Indias, sobre la licitud de la guerra y sobre la libertad de conciencia, importantes para lograr establecer una convivencia de los seres humanos que garantice el respeto de la dignidad del aborigen, cambian la fisonomía del pensamiento moderno hasta el estricto presente.

Conocer los términos de evolución de las letras humanas incide de modo directo en problemas vivos y actuales. Es una invitación constante a meditar sobre el mundo reciente, facultad que siempre conservan los hechos y textos del pasado. Lo que el Humanismo a la altura de la conquista de América no previó es sin duda una conmoción distinta en la que estamos inmersos en este presente: la llamada revolución digital, encargada de mover, como aquella lo hizo, los cimientos culturales, de diferente manera –por sus consecuencias sociológicas e instructivas instantáneas–, pero análoga en cuanto convulsión para la colectividad. **Ángel López García-Molins** plantea en “Arden las Humanidades” una compleja analogía: el ‘descubrimiento’ de América, ya quinientos años anterior a Colón, no tuvo que enfrentarse a su propia imagen, como sí lo hizo el de 1492 que, gracias a la imprenta de 1455, llegó a ser noticia en todos los rincones del mundo conocido y a afectar a todos. La era digital multiplica exponencial y cualitativamente ese universo de la imagen y obliga al reacomodo. La publicidad de las redes sociales, nos dice el autor, instala el mundo de la eficiencia, del individualismo y de la insolidaridad, y lo que queda de la visión del ser humano es sólo una imagen narcisista y acrítica. Se pregunta, con ironía y humor repartidos a dosis iguales, si las Humanidades son posibles en la era de los *selfies*. No porque haya que entender esa digitalidad como negativa en sí misma, sino porque acaba con la jerarquía del saber y con el hábito del esfuerzo intelectual, convierte a las Humanidades en amenidad acrítica, “una especie de entretenimiento inofensivo” donde todo vale lo mismo. La misma ‘imagen de la imagen’ domina en la forma de evaluar la producción investigadora JCR de los humanistas profesionales y en otras muchas esferas de los mundos especializados y los métodos científicos; pero el autor se aventura –en términos casi proféticos considerando el tiempo en el que escribe su ensayo–, al examinar las consecuencias políticas del

narcisismo de las redes, que a su juicio convierte en fuego de artificio el descontento y los deseos de cambio; propone, en último lugar, algunas reflexiones para evitar la tergiversación de las Humanidades en el futuro próximo, de lo que en gran medida depende su supervivencia.

Los estudios de tema, texto o caso que suceden en este volumen afectan a géneros distintos que gozaron de especial predicamento entre los siglos XV y XVII: epístola, invectiva, diálogo, tratado, poesía, teatro, y contribuyen a perfilar a grandes humanistas hispánicos o europeos convocando nombres como los de Cartagena, Gian Battista Alberti, Maffeo Vegio, Juan de Lucena, Fernando de Rojas, Erasmo, Moro, Vives, Ariosto, Francisco López de Villalobos, Vitoria, *La vida de Lazarillo de Tormes*, Andrés Laguna, Juan de Arce de Otálora, Fox Morcillo, Fray Luis o San Juan, Pere Joan Núñez, el casi desconocido pero interesante Pedro Mudarra de Avellaneda, Bartolomé L. de Argensola, Suarez, Báñez o el conde de Villamediana. Nuestro horizonte bibliográfico dispone ya de estudios relevantes sobre la mayoría de géneros o formas discursivas del momento, pero se aportan ahora en varios casos ediciones rigurosas de textos necesarios o se restauran significados perdidos durante su transmisión o interpretación sucesiva.

En “De las palabras a las manos: nuevos datos sobre el conflicto entre castellanos e ingleses por la precedencia de los asientos en el concilio de Basilea”, **Tomás González-Rolán y Pilar Saquero Suárez-Somonte** indagan en las relaciones entre diplomacia y construcción del poder nacionalista de Castilla con un asunto de envergadura política para la corona y su conquista de importantes parcelas de poder durante la primera mitad del siglo XV. Con el precedente litigioso del concilio de Constanza (1414-1418), en pleno cisma de Occidente, se analizan con rigor y detalle todos los elementos de contexto y los recovecos de política exterior (e interior) que dan lugar más tarde al enfrentamiento violento entre las legaciones diplomáticas de Castilla e Inglaterra, de mayor calado aún durante el concilio de Basilea (1431-1439). Los conflictos diplomáticos, incluso primarios, expresión de los sentimientos nacionales de las monarquías occidentales de la hora (y hora de alta tensión), se desmenuzan en el conjunto de hechos con enorme dominio de la bibliografía ya conocida, pero ahora contrastada y ampliada con otras fuentes primarias ignoradas hasta la fecha o mal editadas. Dos de esos documentos se editan críticamente en apéndice y de un tercero, el diario de un miembro anónimo de la embajada portuguesa hasta ahora desconocido en la historiografía española, se ofrecen amplias citas que no sólo completan o confirman datos, sino que revelan notable valor literario. Los tres miembros principales de la legación castellana que con las palabras y con los puños se enfrentaron a la diplomacia inglesa (el obispo de Dax, Bernard de les Planche, y el arcediano de Oxford, Robert Burton) eran Álvaro de Isorna, obispo de Cuenca, Alfonso de Cartagena, obispo de Burgos, y Juan de Silva, alférez mayor de Castilla. La pieza oratoria de Cartagena ante el concilio se considera una obra maestra de elocuencia y sabiduría, además de ser la responsable de la estrategia política castellana librada en la disputa con los ingleses.

El mismo Cartagena, figura política y cultural clave para el Cuatrocientos hispánico y europeo, es también artífice de uno de los primeros intentos ambiciosos para introducir las novedades del diálogo italiano en el género dialógico medieval, que a su vez había adaptado a nuevos intereses el legado antiguo y patrístico, con contribución relevante también de las tradiciones semíticas. El concilio de Basilea, ocasión de intercambio de conocimientos, tendencias culturales, científicas, artísticas y literarias, y en buena medida de libros y traducciones, fue fructífero para el género del diálogo, entre otros. Ese es el objeto de análisis de **Teresa Jiménez Calvente** en “Alonso de Cartagena y la cuarta cuestión del *Duodenario*: hacia un ensayo del género del diálogo”. El *Duodenarium*, planteado como respuesta escrita, con marco epistolar de tono desenvuelto, a doce

cuestiones solicitadas por Fernán Pérez de Guzmán, aunque inacabado, supone en particular plena conciencia de las virtualidades del ejercicio escolástico de la *quaestio* en latín para lograr nuevas fórmulas con la ayuda de técnicas argumentativas escépticas que trasladan el peso de las decisiones a interlocutores o destinatario. La autora se centra en la última de las preguntas, que versa sobre otra precedencia, en este caso la de hombre o mujer en función de sus virtudes, donde Cartagena se sirve de varios ejemplos tomados de la tradición pagana y cristiana (Lucrecia y Catón; Susana y José), o del pasado hispano (la reina Berenguela y su hijo, Fernando III de Castilla), para introducir algunos de los grandes temas de actualidad. Traza el contexto intelectual de la obra, explora su precisa estructura, en la que se inmiscuye también la experiencia personal y el tono ensayístico, señala la relevancia de conceder palabra a las mujeres –es, en efecto, una forma original de participar en el debate cuatrocentista sobre las calidades de las donas– y la novedad de sus procedimientos formales.

Otro admirador del obispo de Burgos, Juan de Lucena, centra la preocupación del trabajo de **Jerónimo Miguel Briongos**, “La *Epístola exhortatoria a las letras* de Juan de Lucena: razones humanísticas de una singular mensajera en la Castilla del siglo XV”. El autor del espléndido *Libro de vita beata* o *Diálogo sobre la vida feliz* recurría veinte años después a un género, la epístola literaria, en ascenso entre nosotros a finales del siglo XV, y a un tema, la apología de las *litterae humaniores*, que adaptaba precedentes italianos (como Eneas Silvio) a una exquisita, variada en registros y compleja prosa ya en castellano (en conexión con defensas del *volgare* como las de Bruni, Alberti o Palmieri). La dedica al notario Fernán Álvarez, ejemplo de servidor regio volcado en el aprendizaje del latín y, como sostiene Miguel, también a la reina católica quizás con la pretensión de facilitar o reforzar su propia carrera, además de apoyar el programa cultural de Isabel en el florecimiento y estudio del latín o de su gramática como llave de acceso a todos los saberes –a los *studia humanitatis*–, como forma de crear un hombre ‘nuevo’ social e intelectualmente preparado. Lucena define su destinatario: no el erudito latino sino el lego, el noble en formación, el servidor cortesano, y técnicas aprendidas en Italia entre 1458 y 1464 se ponen al servicio de un nuevo programa educativo para levantar las letras castellanas. Además, Lucena introduce otros temas de soslayo: el concepto de ocio; la pobreza del latín eclesiástico y litúrgico para construir una oración sentida y comprendida por el creyente, en la línea de la *devotio moderna* extendida por Europa desde el siglo XIV, o en la de la espiritualidad apoyada por franciscanos o por conversos como Alonso de Cartagena. Defiende la ciencia como vía directa para conocer a Dios, que Miguel pone en paralelo con pasajes de su *Diálogo* y con textos cuatrocentistas italianos o castellanos. Su estilo une las sales y facecias de la tradición de las familiares desde Cicerón, continuada por Petrarca y sus sucesores, en un castellano que funde lo culto y lo popular produciendo un texto granado del Humanismo castellano.

La recepción de los clásicos y el lugar que los coetáneos quieren ocupar bajo su manto deja asomar algunos casos de gran interés. Uno es el de Luciano, redescubierto en este periodo para los intelectuales de occidente. **Ana Vian Herrero** en “El exilio de la Virtud. Textos espurios en el corpus luciano de los siglos XV y XVI y su influencia literaria: Alberti, Vegio y sus derivados entre España e Italia” examina las consecuencias del ingreso de tres (sobre todo) textos humanísticos italianos en la producción lucianesca canónica, que sólo a fines del siglo XIX se devolvieron a sus verdaderos autores: *Virtus Dea* de León Battista Alberti –una de las *Intercoenali*, su primera obra en imitación del samosatense–, y dos (sobre todo) diálogos de Maffeo Vegio, el *Dialogus Veritatis et Philalethes ad Eustachium fratrem* y el *Palinurus*. Los tres tuvieron compleja historia editorial y larga influencia paneuropea, porque aunque hubo reservas tempranas e incluso terminantes sobre esa atribución difícilmente sostenible, el estudio científico de los textos

llegó muy tarde. Sin embargo, el error fue fértil, y también explicable. Los autores y sus obras se convierten así en síntoma esencial y muy valioso de un momento de cambio en la consideración del samosatense: el paso del Luciano más retórico y pedagógico, moral, de gusto bizantino, al satírico e incisivo, cínico, escéptico o filoepicúreo desde el punto de vista filosófico, que avanza en y durante el siglo XVI. Ambos autores se encuentran a medio camino entre ambas tendencias y comienzan a apreciar al Luciano cínico, que poco a poco se convierte en herramienta heurística ante el conflicto con autoridades o con textos institucionales, abriendo entre los más ilustrados el camino a las crisis ya plenamente modernas. En varios aspectos anuncian las controversias de la época de la Reforma, y por eso los reformadores los adoptaron para su historia justificadora de la pre-Reforma. El estudio de las versiones vernáculas en varias lenguas occidentales, sobre todo en italiano, francés y español —estas las más abundantes—, en el contexto más amplio de traslados de otras obras del sirio, no sólo confirma la larga fortuna de los apócrifos, sino que explica algunas de las vicisitudes de recepción que introducen los diversos renacimientos vernáculos, continuidades y rupturas que se trasladan asimismo a las creaciones originales. Como muestra de esto último sirven los ejemplos del lienzo de Dosso Dossi *Giove pittore di farfalle, Mercurio e la Virtù* (c. 1524-1529) y el anónimo castellano *El Crotalón* (c. 1556).

La transmisión de algunos clásicos suscitó controversias, como ocurrió con Plinio, uno de los autores cuyo estudio sirvió a menudo por toda Europa para dirimir la capacidad y legitimidad intelectual de muchos humanistas. Por ejemplo, Hernán Núñez ‘el Pinciano’, fue no sólo el primer creador del canon de la *literatura castellana nacional* con su comentario a las *Trescientas* de Juan de Mena en su *Glosa*, sino uno de los grandes comentaristas de Plinio en Europa, y de Séneca y Pomponio Mela, con sus *castigationes*, elogiado por Marineo Sículo o Kaspar von Barth. **Consolación Baranda Leturio**, en “El humanismo frustrado de Francisco López de Villalobos y la polémica con Hernán Núñez”, analiza los efectos que tuvo en el ilustre médico converso el intercambio de invectivas con Hernán Núñez, en el año 1525 o 1526, a propósito de los comentarios a la *Historia Natural* de Plinio (su *Glossa litteralis in primum et secundum naturalis historie libros* [Miguel Eguía, 1524]), un autor antiguo que, pese a su enorme difusión y celebridad, suscitó reservas por su materialismo epicúreo y defensa de la mortalidad del alma. Dicha correspondencia, que se estudia, edita y anota aquí con todo cuidado, supuso para Villalobos —como sostiene la autora— el dejar de publicar obra alguna hasta 1543, fecha en la que, ya jubilado, publica el *Libro intitulado los problemas de Villalobos...*, recopilación de varios escritos compuestos en fechas anteriores. El trabajo no ilustra sólo el enfrentamiento de dos personalidades sobresalientes, sino —lo que tiene mayor interés—, también de dos concepciones del Humanismo, cuestión que nos retrotrae al mismo problema planteado en otros artículos de este volumen. Desde el *Sumario de medicina* hasta los *Problemas*, Consolación Baranda revisa toda la producción literaria de Villalobos, destacando su libertad e independencia de criterio, y “una concepción del humanismo que pasa por su apropiación personal y asimilación al presente histórico, alternativa a la de la recuperación filológica de los textos” que representaría Hernán Núñez, el Comendador Griego; es decir, ‘filósofos’ frente a ‘retóricos’. Los enfrentaba también el conflicto comunero, el distinto aprecio por los médicos y por los saberes especializados —frente al conocimiento de lenguas—, vieja polémica desde Cartagena y Bruni.

Una anomalía detectada en el estudio de esta *Glossa litteralis*, conectada estrechamente con el ensayo anterior, da substancia al trabajo de **Mercedes Fernández Valladares**, “La última hoja en blanco: consideraciones tipobibliográficas a propósito de un nuevo estado de la *Glossa litteralis* a Plinio de López de Villalobos”, planteado a la

vez como un estudio de caso y un ejemplo de método. Aclara, desde la disciplina de la bibliografía material y textual, el proceso editorial de una variante de edición de la *Glossa litteralis* encubierta, y revela una nueva variante mal conocida de la edición post-incunable de las *Congressiones* de Villalobos. Más allá de confirmar ciertos hábitos y prácticas autoriales de corrección de erratas con posterioridad a la puesta en venta de la edición, se pone de relieve la importancia de un método de trabajo para hechos literarios y filológicos trascendentes, como pueden ser la datación de obras y la historia de su transmisión textual. El análisis de las discrepancias entre las descripciones y las noticias catalográficas de los ejemplares, y el de las diferencias entre los ejemplares mismos, permite así matizar y completar la idea inicial de Fabié –que consideró que las *Castigationes* se imprimirían como adición mucho después de editado el texto, y consecuencia de las críticas recibidas de Hernán Núñez–. La comprobación de la fórmula colocal de una porción representativa de los diecinueve ejemplares conservados y el estudio directo de estos, ha permitido certificar la existencia de dos *estados editoriales* – y un tercero que aclara el proceso–, deducir la impresión de las *Castigationes* en la imprenta alcaláina de Miguel de Eguía, donde “Villalobos pudo encargarse su impresión en paralelo al cruce de invectivas [con Hernán Núñez, en 1525-26] o muy poco tiempo después”. Se trata de una fe de erratas con características propias, que confirma la temperatura adquirida por la polémica, y conduce al hallazgo y estudio del mismo procedimiento (fe de erratas incluida tras la publicación) practicado por Villalobos con anterioridad en sus *Congressiones*. En el estudio de este nuevo proceso asoman también algunas anotaciones manuscritas de Villalobos, una en especial que aclara el origen de las *Castigationes* a la *Glossa litteralis* y permite identificar el ejemplar de autor.

El corpus de traducciones españolas del griego al latín no fue muy amplio, pero contamos con algunos excelentes representantes. **Ignacio Rodríguez Alfageme**, en “Las traducciones de Luciano, *Tragopodagra*, debidas a Andrés Laguna” compara y edita los dos traslados del opúsculo griego al latín actualmente documentados (Alcalá 1538 y Roma 1551) del autor de Samósata, que realizó el célebre converso segoviano. La primera se produce durante una estancia española del doctor Laguna, de vuelta de sus estudios de griego en París; la segunda, trece años más tarde desde Roma, después de un amplio periplo europeo (Inglaterra, Países Bajos, Francia, Alemania e Italia). Para la versión alcaláina no pudo disponer de los traslados latinos ya existentes y probablemente manejó alguna de las primeras ediciones de obras completas en griego, o más de una. Del estudio riguroso de variantes, Rodríguez Alfageme puede deducir también el manejo de varios manuscritos, claro al menos para la segunda traducción, la romana. Es el caso que las versiones de 1538 y 1551 son muy distintas (no sólo en ortografía o erratas), como muy bien muestra la disposición a dos columnas en la edición que aquí se aporta en apéndice. Laguna se guía preferentemente –no siempre– por la traducción al sentido, y no a la letra, y son importantes sus cambios en aspectos discursivos, denominación de personajes, sintaxis, retórica, amplificación y énfasis, también en puntuación (que sabemos muy fluctuante en el periodo, en todas las lenguas). Las variaciones se producen muchas veces para sortear las dificultades de traducción del original, pero otras para no escatimar recursos a su disposición. Una cuidadosa ejemplificación de opciones traductorias y de cambios entre la versión alcaláina y la romana permiten concluir que “en líneas generales, Laguna ha buscado simplificar la versión anterior y ‘latinizar’ el texto”, sin abandonar por ello los ejercicios de amplificación, mejorar las equivalencias, corregir errores, suprimir glosas ajenas al original, etc.

Nuevas formas de leer textos antiguos y recientes logran crear itinerarios distintos para las letras y nuevas u originales intertextualidades. **Rosa Navarro Durán** en “Metamorfosis de las lecturas en la creación literaria áurea: de *La Celestina* a San Juan

de la Cruz” vuelve sobre uno de los aspectos de la teoría y práctica de la imitación más interesantes para los renacimientos ya vernáculos: las huellas de lecturas previas en el acto de creación del escritor humanista en un momento fundacional o refundacional de los géneros literarios. Si como elemento inherente al concepto de imitación este proceder de “parole rubate” con los escritores anteriores se detecta a lo largo de toda la historia literaria, la aparición y generalización de la imprenta multiplicó la práctica, hizo más complejo el fenómeno y entronizó a la literatura como modelo de la literatura misma y como génesis de nuevas sugerencias y hallazgos. Los ecos y los préstamos, al introducirse en situaciones distintas y nuevos contextos, alteran su sentido, el del modelo y el de todos los predecesores, y generan lecturas originales a veces inesperadas. La novedad más rotunda es que, para una generación que ya no necesita, como los primeros humanistas, demostrar ni exhibir su conocimiento de los clásicos es común depositar también la mirada en obras geniales de sus propios contemporáneos, y convertirlos en modelos de imitación a justo título, crear nuevas jerarquías y transformarlos en ‘clásicos’. Así ocurre con *La Celestina*, *La vida de Lazarillo de Tormes*, Ariosto en la obra poética de fray Luis de León y de san Juan de la Cruz, los escritores aquí examinados, que unen lo clásico a lo contemporáneo y abren así caminos inexplorados más allá de los géneros.

Sigue poco a poco consolidándose la línea investigadora que busca las marcas de ficcionalidad en la literatura dialogal. **Alejandro Cantarero de Salazar** aborda en “La *mimesis* conversacional en el corpus de diálogos de Sebastián Fox Morcillo: introducción a su estudio literario” el primer acercamiento realizado a los hilos literarios de la creación poética que tejen los cuatro diálogos del insigne humanista y converso sevillano. Fox Morcillo, desde Lovaina, contribuyó a la labor intelectual humanista con un intento, elogiado como único en su época, de armonizar las filosofías platónica y aristotélica, así como de aplicar la preceptiva histórica de los Sperone Speroni y Francesco Patrizi al campo de la política práctica, lo que da alas al movimiento del tacitismo y enfrenta por primera vez al humanista, como intelectual, a las altas esferas del poder (léase Felipe II y su decisión de obligar al regreso a España de los estudiantes españoles en el *extranjero*). Fox juzgaba que sólo “vulgares magistri” podían pensar que una forma literaria tan apta para dar voz de modo problemático a pensamientos propios pudiera carecer de artificio, y con ello llamaba la atención sobre la capacidad del diálogo para dramatizar el conocimiento y crear personajes y espacios imaginados, como hacen todos los grandes dialoguistas. Con técnicas aprendidas de Platón y Cicerón principalmente, se ofrece una panorámica de los recursos literarios en los diálogos foxianos y de la función que cumplen en el proceso argumentativo: el par espacio-tiempo (eventualmente, su transcurso) muestra los lugares más apreciados por los dialoguistas del periodo (*locus amoenus*, casa particular, paisajes urbanos); la pintura de personajes autónomos (su hermano Francisco Fox y Gabriel Envesia en *De imitatione*; Sebastián Fox, Pedro Nanio y un tercer interlocutor sin nombre en *De historiae institutione*; Sebastián y Francisco Fox de nuevo en *De iuventute*; Aurelio, Antonio y Lucio, con nombres latinos genéricos en *De regni regisque*) crea una realidad textual que facilita la asimilación de la charla filosófica y la hace creíble y cercana; el estudio de las estructuras argumentativas (pedagógica y polémica básicamente) permite matizar cómo las interacciones magistrales no siempre son procesos argumentativos monológicos, observar cómo los desarrollos nacen de sus respectivos pactos argumentativos y del interés por mantener vivo y en evolución ese acuerdo, sin descuidar las circunstancias emocionales de los interlocutores. El conjunto de estrategias analizadas revelan a un dialoguista representativo del mejor humanismo hispano-latino del Quinientos.

Algo semejante se desprende del trabajo de **José Luis Ocasar Ariza**, “La palabra exiliada. El cronotopo como expresión de ideología anticultural”. Tomando como base la

representación del espacio en los *Coloquios de Palatino y Pinciano* de Juan de Arce de Otálora –pero en estudio paralelo con otros textos hispánicos y algunos de sus homólogos italianos–, aborda una de las tendencias más perturbadoras de los renacimientos vernáculos, la de los maldicientes del saber, ese saber que quería educar al patriciado urbano para la cortesanía y la virtud; varios escritores ponían en solfa los pilares del sistema educativo del Humanismo, desengañados de sus frutos. El tratamiento ambicioso que da Arce al par espacio-tiempo en su viaje de ida y vuelta entre Salamanca y Valladolid, sin precedentes de acierto y complejidad semejantes a juicio de Ocasar, resultan ser desplazamiento semántico o expresión simbólica de una ideología crítica y secreta que, como diálogo de camino, de extrarradio, repercute sobre el sentido de su marco genérico y de su tema (la vida del letrado y del universitario, eminentemente urbana). Son la libertad y el solaz del camino los que permiten hablar de todo, fuera de los muros de las ciudades y de la observancia universitaria, sólo escuchados por los pájaros; los caminos permiten hablar ‘impropiamente’ de la *paideia* y la *episteme* de la época, y otorgan vena escéptica y orientación epicúrea a aspectos importantes de la argumentación dialógica. Todo aderezado con dosis de palinodia y de ambigüedad buscadas.

En la recepción crítica de los antiguos, la *Poética* aristotélica tuvo un puesto destacado en el occidente moderno, marcando de forma duradera la teoría y la producción literaria. “*Il diletto della poesia: Lodovico Castelvetro en los comentarios de Pere Joan Núñez a la Poética aristotélica (Barcelona, 1577/1597)*”, de **Josep Solervicens** presenta una inestimable muestra de la recepción, difusión y asimilación diligente en las aulas de los comentarios italianos a la *Poética*, que comienzan con Robortello (1548), continúan con Lombardi y Maggi (1550), con Vettori (1560), granan con la *Poetica d’Aristotele vulgarizzata e sposta* de Castelvetro (1570) y se prolongan con A. Piccolomini (1575) y Riccoboni (1587). Las *Anotacions per entendre alguna cosa de l’Arte poètica d’Aristòtil* son los apuntes escolares tetralingües de un discípulo innominado –probablemente barcelonés– del helenista valenciano Pere Joan Núñez, tomados o escritos en parte en catalán y en parte en castellano, con citas griegas y latinas. La enjundia de sus referentes de origen, unida a la naturaleza sintética, variable o intermitente de un cuaderno de apuntes, los silencios y discontinuidades esperables en tal tipo de escrito, hacen el texto críptico en muchos lugares. Los lazos que estos apuntes establecen con la teoría literaria realizada en Italia son numerosos. Se mencionan y se compensan afirmaciones con los comentarios de Averroes y Vettori, quizás Maggi y Riccoboni, conoce también opiniones de Leon Battista Alberti, pero el comentario que guía todo el texto, también para contradecirlo o recrearlo con independencia personal, es el de Castelvetro, gracias a cuyo cotejo e identificación de citas explícitas e implícitas cobran nueva luz lugares antes opacos. Además, Solervicens repara en otro hipotexto clave para la comprensión de estos apuntes y para mejorar su datación, entre 1577 y 1597: Núñez ejemplifica las reflexiones aristotélicas con la tragedia *Alcestis* de Eurípides, que él mismo había editado en Barcelona en 1577. La aportación de las *Anotacions* es especialmente significativa en aspectos como el paradigma de la fábula trágica o la defensa del deleite –y no la utilidad– de la poesía, de la literatura. Y no es menos importante recurrir a la lengua vulgar para abordar un tema académico-especulativo sobre la *Poética* de Aristóteles.

Si antes se vio el papel crucial que algunos textos italolatinos cumplieron en la diseminación europea de un falso Luciano, **Germán Redondo Pérez** en “El desprecio de una diosa: un testimonio inédito de la traducción del diálogo *Virtus Dea* realizada por Bartolomé Leonardo de Argensola” ofrece un testimonio desapercibido hasta hoy de la traducción argensolina del *Virtus dea* de Alberti, conservado en la Biblioteca de la Universidad de Oviedo, que aparece en compañía de otros dos diálogos originales del

poeta y humanista aragonés, *Demócrito y Menipo litigante*. Lo tardío del manuscrito (s. XVIII) no le quita interés para la edición crítica de las tres piezas. Después de trazar su historia bibliográfica y describirlo como códice, Redondo edita críticamente por primera vez el testimonio de *Mercurio y la Virtud* completo y con notas. El texto de Argensola no procede directamente del de Alberti sino que, como se sabe desde O. Green, se construye con la mediación del traslado italiano de Leonicensis, manuscrito cuatrocentista editado por vez primera en Venecia en 1523. Pellicer editó el *Diálogo de Mercurio y la Virtud* de Argensola (Madrid 1778) y después lo hizo el Conde de la Viñaza (Madrid 1889). En el presente trabajo se tienen en cuenta esas ediciones (para descartarlas en el aparato crítico por ser herencia del testimonio *descriptus* de Pellicer) y se manejan, en cambio, los otros dos mss. que ya se conocían (Biblioteca Pública de Castilla y Universidad de Pennsylvania) estableciendo las lecturas divergentes en aparato crítico negativo.

También hay lugar aquí para textos y humanistas apenas conocidos, habitantes de esas zonas de sombra que aún conserva la literatura del periodo, y que en la actualidad afloran de modo creciente como consecuencia de la exploración de fuentes primarias en anaqueles menos frecuentados. En “Pedro Mudarra de Avellaneda, *Diálogo del Ayo del Alma o De la Conciencia*: estudio y edición de una singular ‘disputa del alma y el cuerpo’ en el Siglo de Oro”, **Teodora Grigoriadu** examina y edita un texto dialógico desconocido, datable en el primer cuarto del siglo XVII, de un autor oscuro e interesante cuya obra conserva la Biblioteca ‘Menéndez Pelayo’ de Santander. Pedro Mudarra de Avellaneda, poeta, traductor, humanista, amigo de Juan Rufo, cronista local, fue miembro de la corte del quinto Duque de Escalona, Juan Gaspar Fernández Pacheco, y preceptor de su hijo, el sexto Duque, Felipe Baltasar Fernández Pacheco. Tras presentar un panorama de la producción didáctico-moral de este humanista, aún inédita, la autora analiza el borrador autógrafo del *Diálogo del ayo del Alma o De la conciencia*, que edita después. Mudarra, con interlocutores de larga tradición, concibe este texto al modo de una meditación sobre la conciencia en la línea moderna de Justo Lipsio –de quien toma pasajes textuales– y como obra educativa para su discípulo. Muestra ser buen conocedor de varios antiguos griegos y latinos, de la Biblia y la patrística grecorromana, de Petrarca y Erasmo, y pone a disputar, en taracea erudita de *excerpta*, a dos abstracciones ricamente caracterizadas en lo argumentativo y psicológico, el Cuerpo y su Conciencia –la orientadora del Alma–. Ambos tienen reproches que hacerse, y el Alma confuta, amonesta y enseña al Cuerpo sobre todos los temas conflictivos de su mutua relación, que se desarrollarán en la conjunción de las tesis cristianas con la doctrina neoestoica de linaje lipsiano y pretenderán ofrecer, como su modelo, un espejo de príncipes a la moderna, en lo moral y lo religioso. De forma mucho más inquietante que la tradición temática anterior, el diálogo acaba por simple hastío del Alma y sin juez que sentencie y dirima la cuestión. Mudarra, a diferencia de otros escritores del primer Seiscientos, nombra a Lipsio sin rebozo; copia, dialogizándolos, fragmentos de las *Políticas* I. 5 de Justo Lipsio, obra incluida en el Índice romano desde 1590, pero cuya traducción castellana resistió hasta el Índice de Sotomayor de 1640. Preceden también a la edición anotada unas consideraciones generales sobre sus rasgos de lengua y los criterios de edición seguidos.

La transmisión de nuestros textos tuvo desigual fortuna a lo largo de la historia, y nos sitúa frente a la desnudez con la que a veces sigue descubriéndose la Filología. **Juan Gil** cierra el volumen con un trabajo de largo aliento, “Sobre el texto de la poesía del conde de Villamediana” que representa una revisión muy a fondo del sentido de la poesía conocida del ilustre gongorino. Don Juan de Vera Tassis no tuvo fortuna con la difusión exacta de sus versos, pues desde la primera edición de 1629, siete años después de su muerte violenta, abundan y se arrastran las incorrecciones, erratas, ultracorrecciones eruditas equivocadas y lugares incomprensibles. En una labor de depuración de enorme

detalle, se repasan todos esos errores con denuedo, desde la *princeps* zaragozana, los testimonios antiguos impresos (Madrid 1635- pero ¿1643?) o manuscritos (como el redescubierto BNE 17719), hasta la estricta actualidad, discutiendo lecturas específicas de todas las ediciones críticas modernas (Madrid 1969, Madrid 1990, Barcelona 1992, Kassel 1999, Heidelberg 2006). Las propuestas de enmienda afectan a alusiones mitológicas malinterpretadas o desapercibidas, a puntuación, ortografía y prosodia, modernizaciones gráficas que llegan a distorsionar la rima –o que en cualquier caso son abusivas–, sintaxis compleja –a menudo latinizante– incomprendida, o pasajes que precisan rectificaciones de muy diverso tipo para su justa intelección. Ningún lector o futuro editor de Villamediana podrá prescindir de este trabajo indispensable.

En síntesis, los temas, autores y textos seleccionados en este volumen, nacido de la convivencia interdisciplinar y de la necesidad de enfocar el estudio del Humanismo como una participación colectiva europea, complementan una perspectiva plural y una evolución compleja del Humanismo en la Península Ibérica, desde las definiciones a las herramientas de gabinete, desde el escritorio y hacia el mundo, entre las décadas centrales del Cuatrocientos y hasta bien entrado el siglo XVII, sin dejar escapar avisos para lograr la pervivencia de su capacidad interpretadora de la realidad en nuestros más precisos e inciertos días. Así, los diferentes capítulos nos traen los ecos de una fenomenología múltiple: la autoconciencia del humanista y de la definición de su propia figura en distintas esferas de la vida social e individual, desde el periodo de su nacimiento hasta su consagración en la Península ibérica; una autoconciencia que se revela como pieza clave en lo que será la construcción de la subjetividad literaria. Más allá de la historia de las formas y de los géneros, en función de prácticas de escritura diferentes, los autores humanistas emplean estrategias diversas para definir su lugar, su inserción en el sistema de comunicación literaria y sus maneras específicas de cobrar significado histórico en el concierto europeo que funda la modernidad. El Humanismo hispánico, que incorpora y asume señas de identidad heteróclitas desde los siglos medios, tuvo una trayectoria paralela, como podía esperarse, a la de las demás literaturas occidentales en aspectos como el progreso de la conciencia individual, el compromiso con la realidad, la profesionalización del autor en un periodo histórico de larga transición, su incorporación al nuevo molde tipográfico de la imprenta y el mercado del libro, la adaptación de las destrezas de autor ante nuevas realidades formales, retóricas, textuales e ideológicas, y la manera de hacerse presente e intervenir él mismo en ese concierto. Se resalta, por este motivo, la reflexión única del Humanismo hispánico sobre el valor del ser humano ante el hecho bélico y la conquista en América, irreplicable dentro del panorama europeo de expansión colonial del momento, y que da lugar a planteamientos de enorme hondura para siglos posteriores (y hasta el presente) como la moralidad y legalidad de la esclavitud o la guerra justa. Este volumen también contribuye a recomponer ese atareado proceso sin olvidar, así, una de las preocupaciones esenciales del Humanismo de generaciones sucesivas tras el conocimiento más profundo de la *Política* de Aristóteles: la consideración del ser humano individual como ser social, político y ético en el mundo, en lo que la aportación hispánica fue madrugadora, valerosa y de extraordinario relieve para las letras y el pensamiento universales.

En suma, el lector tiene ante sí un grupo sugestivo y renovado de estudios que profundizan en el significado de un movimiento intelectual *fundador* de nuestra *época moderna*, centrados en las reflexiones producidas desde una de las regiones, la hispánica, que fue co-partícipe en su gestación y en su difusión a ambas orillas del Atlántico.